

VANIA MARKARIAN. *Universidad, Revolución y Dólares. Dos estudios sobre la Guerra Fría cultural en el Uruguay de los sesenta*. Montevideo: Penguin Random House, 2020, 344 pp.

DOI: <https://doi.org/10.20318/cian.2021.6448>

El primer dato que salta a la vista para quien se inmiscuye en el nuevo libro de la uruguaya Markarian es el de la complejidad. O más bien, la importancia de construir miradas analíticas múltiples pero conectadas para abordar el pasado. Esta intención es también la fortaleza de este libro. Como el título lo indica, el escrito presenta dos escenas de relaciones críticas (o criticadas) entre una institución de educación superior de Uruguay (la Universidad de la República - UdeLaR), las posturas de izquierdas y antiimperialistas de sus docentes y estudiantes frente al tercer elemento, la recepción de dólares, en forma de financiación de programas y seminarios. Luego, el subtítulo deja ver aquella intención analítica: *Dos estudios sobre la Guerra Fría cultural en el Uruguay de los sesenta*. Con una extensa introducción, dos capítulos y una Coda la autora logra entretejer la historia institucional de la UdeLaR, sus Facultades e Institutos, atravesados por la necesidad de profesionalizar y modernizar sus estructuras; la historia política del Uruguay, sus ambientes, espacios y debates principales de la época (el semanario

Marcha tiene aquí un lugar central); las trayectorias académicas de los y las protagonistas de esas historias, con sus contradicciones, sus dudas y certezas, sus deseos y frustraciones.

Los campos de estudio y los ejes de discusión por lo que discurre esta obra son, para quien escribe, tres. Uno de ellos es la historia reciente de las universidades latinoamericanas, en particular, las tensiones entre su modernización o profesionalización y su vida política en los años sesentas. En las escenas que bien reconstruye Vania Markarian, encontramos intelectuales, docentes, científicos y un movimiento estudiantil que polemizaron y dieron propio significado a la cuestión en torno al rol de la educación y la ciencia en un país periférico y dependiente. Un programa de formación en matemáticas y química a realizarse en la Facultad de Ingeniería y Agrimensura en 1965 con fondos de la Organización de Estados Americanos (OEA), fue rechazado abiertamente por el Centro de Estudiantes y una parte del sector docente debido a la organización que lo auspiciaba. No fue este un episodio aislado: el año anterior, el edificio central de la UdeLaR había sido ocupado por la Federación de Estudiantes Universitarios del Uruguay (FEUU) en protesta por la ruptura de relaciones con Cuba de acuerdo a directivas de la OEA. Sea como sea, lo más interesante de esta polémica vino *a posteriori*, cuando pudo conformarse un bloque inter-

claustró que se propuso transformar la Facultad y la Universidad: el conocido Plan Maggiolo fue una de las consecuencias más ricas de aquella batahola. La segunda polémica tuvo lugar también en 1965 pero en el ámbito de unas ciencias sociales poco profesionalizadas. En este caso, la cuestión comenzó en torno al Seminario Internacional sobre Formación de Elites Latinoamericanas auspiciado por el Congreso por la Libertad de la Cultura; institución financiada centralmente por la CIA, de acuerdo a las denuncias. En la proyección de sus mentores (Aldo Solari, entre ellos), el seminario iba a constituirse en una experiencia académica propicia para el impulso de prácticas, temas y colectivos vinculados a la investigación sociológica en Uruguay. Y si la efectiva y exitosa realización del seminario pasó sin más polémicas por los ámbitos intelectuales, culturales y políticos de Uruguay, no ocurrirá lo mismo con Camelot, así llamado el proyecto de investigación sociológica sobre América Latina cuya posibilidad de radicación en Uruguay no está del todo aclarada. ¿Qué rol debían ocupar las universidades y los centros de investigación en países dependientes o en desarrollo? ¿Cuáles eran las prioridades por estas tierras? ¿Cómo debían financiarse estos centros de producción? ¿Era legítimo obtener financiamiento externo para lograr un crecimiento real y profesionalizado de las ciencias? ¿Cómo hacerlo de

otra forma sino? Y entonces, ¿cómo no debatir todo esto también de forma política? ¿Qué era político y qué no por entonces en los debates académicos e intelectuales de las principales universidades de América Latina? En esta secuencia entre proyectos de investigación social que pretendían avanzar con financiamiento foráneo y resistencias locales, protagonizadas por el movimiento estudiantil y los intelectuales de *Marcha*, la autora logra ubicar cuatro experiencias, con sus infinitas polémicas, denuncias y sospechas en su entorno. Dos de ellas, vinculadas a la investigación, el Seminario y el Proyecto Camelot; otras dos de índole editorial, la publicación de los trabajos presentados en el Seminario y el libro de Solari "El tercerismo en Uruguay", publicado por la editorial Alfa (de Benito Milla, representante del CLC en Montevideo) a fines de 1965.

Las mismas preguntas nos resuenan con el caso del conflicto en la Facultad de Ingeniería y Agrimensura, aunque, claro, aquí la respuesta de los actores fue otra. La autora ha dicho que con el relato de ambas escenas quiso trabajar y mostrar la contingencia de la historia; y las dos vías de despliegue de los hechos relatados se lo permiten. La cuestión de los fondos de la OEA permitió organizar una alianza entre docentes y autoridades, reformistas y modernizantes, y jóvenes estudiantes más influenciados por Cuba y los debates en torno a la

dependencia, el desarrollo y la modernización. Y si un primer estadio de dicho bloque fue la propia Facultad, al poco tiempo, el proyecto de cambio llegó a la UdelaR, de la mano de su rector Oscar Maggiolo. El “Plan Maggiolo”, presentado en 1967 (su nombre oficial fue “Plan de reestructuración de la Universidad de la República”) es hoy recordado como uno de los proyectos más ambiciosos de reforma integral de la UdelaR. Aunque por una mezcla de internas políticas y carencias financieras, no pudo realizarse en su totalidad, el Plan daba jerarquía a la investigación científica a través del intento de aumentar y mejorar la formación de su personal: cursos de posgrado, aumento de su dedicación horaria, intensificación de relaciones con otros centros de investigación y la mejora del equipamiento, el instrumental y los materiales de apoyo. Además, se proponía una concepción de la Universidad imbricada en el desarrollo nacional donde la enseñanza pública y la extensión aparecían como pilares.

Un segundo campo en que se inscribe la obra es el de la nueva historia de la Guerra Fría, tal como ha dicho Vanni Petiná. La contienda hace de marco temporal evidente. Pero también, las más de 300 páginas del escrito muestran cómo dicho “contexto” toma forma específica en un país latinoamericano, con actores y discursos que la asumen propia. Es que, los conflictos universitarios de-

sarrollados no pueden pensarse simplemente como un efecto de la política internacional (e intervencionista) norteamericana. En la última década, han ganado espacio las investigaciones sobre la dimensión cultural de la Guerra Fría, con trabajos como los de Patrick Iber y Benedetta Calandra, entre otros. Sin dudas, la obra aquí reseñada hace parte de este movimiento de óptica, protagonizado por científicos de América Latina o especialistas en el continente. En este marco, han proliferado nuevas miradas sobre el financiamiento de organismos gubernamentales, agencias internacionales y fundaciones norteamericanas a las universidades, centros de investigación (y otras iniciativas intelectuales o culturales) de América Latina. Estudios centrados en Chile, Argentina, Brasil o España han comenzado a dar con una perspectiva de análisis que pondera las tensiones entre las fundaciones, el gobierno norteamericano y los actores locales receptores. En diálogo explícito con ellos, Markarian busca correrse de concepciones “mecanicistas” sobre los intereses y el accionar de Estados Unidos en la región, atendiendo a sus “imbricaciones y vínculos de mutua conveniencia con diversos actores de la sociedad y la cultura a nivel local” (p.29). Un caso ilustra a la perfección dicha búsqueda analítica: el trabajo con la conocida figura de Aldo Solari. Reconocido sociólogo uruguayo, intelectual libe-

ral y modernizante, hizo propia la realización del Seminario sobre Elites Latinoamericanas y luego, la publicación de los trabajos allí presentados, en idioma español e inglés. Todo ello junto al intelectual norteamericano, Martin Lipset. La figura de Solari, sus iniciativas y su relación con Lipset (y otras figuras de la academia global), es una expresión en sí misma de la guerra fría cultural en las universidades: la introducción de la investigación empírica, las relaciones con las academias de EEUU y Europa, la crítica a la excesiva politización de las universidades y los mundos intelectuales, todo ello representaba Solari. Aún así, sus intentos de incluir intelectuales latinoamericanos en el Seminario de Elites (muchos de ellos de reconocida trayectoria antiimperialista, como Aníbal Quijano, Darcy Ribeiro -residente en Uruguay por esos años e inspirador del Plan Maggilo- y Fernando Henrique Cardoso), e incluso, el debatir fuertemente con Lipset para incluir sus escritos (considerados de fuerte tono ensayístico por el norteamericano) nos matiza y nos muestra los grises de la historia. La lucha de paradigmas de las ciencias sociales latinoamericanas de los años sesentas, entre el “ensayismo ideologizado” y la “sociología moderna” fue una de las formas concretas que asumió esa guerra fría cultural en América Latina, la misma que con todas sus contradicciones, filias y fobias, encarnó Solari. Esta suerte de

cruzada, que tuvo varias versiones además de la uruguaya (qué decir sino del surgir de las ciencias sociales argentinas, de la mano del modernizante Gino Germani), se desplegó en un contexto de consolidación global de las academias norteamericanas, exponentes y difusoras de la segunda opción, también nombrada como “sociología norteamericana” en las páginas de Marcha.

Hay una tercer historia que cuenta este libro, nada exenta del clima antes descrito, sí menos estudiada y por eso, más llamativa. Es que los debates en torno a la modernización o a la dependencia de la región, a los intereses imperiales de Estados Unidos y las políticas autónomas, debe ser observado con perspectiva de género. Y esto se propone Markarian, en una Coda que promete un estudio más extenso. Entonces, por un lado, este apartado permite afirmar sin matices la escasa participación de las mujeres en los debates arriba reseñados. Todo lo escrito, todas las polémicas en los espacios institucionales, todo el protagonismo de esa guerra fría interna, fue encarnado por hombres, con escasas excepciones. Sin dudas, una tarea para las mujeres que se han propuesto escribir la historia reciente de la universidad y la política es buscar a las otras mujeres protagonistas de esa historia, indivisibilizadas cuando no ausentes. Por otro lado, se describe un tercer conflicto suscitado alrededor del uso y financiación de ins-

trumentos de “planificación familiar” como parte de programas universitarios de educación, investigación y asistencia. En 1969, la cuestión salió a la luz con la denuncia de la donación de dispositivos intrauterinos a un hospital público por parte de la Federación de Sindicatos Libres. La denuncia realizada desde las páginas de *Marcha*, asociaba el gesto con el Departamento de Estado de Estados Unidos y su doble intención de controlar la demografía de los países pobres para prevenir estallidos sociales y experimentar la aplicación de métodos anticonceptivos. En el debate que se libró, se conformaron dos posiciones, ambas encarnadas por hombres: si por una parte se defendían las herramientas de planificación, como acceso de las mujeres al derecho de decidir sobre sus cuerpos; por otro, se las denostaba como parte de una estrategia imperial vinculada al control de la natalidad en países subdesarrollados (más evidente en un país que no tenía esa necesidad pues su población casi no crecía). Médicos, estudiantes de medicina, docentes, todos hombres y protagonistas de una polémica pública que tenía a los cuerpos de las mujeres, y a su decisión en torno a la maternidad, como centro.

A modo de cierre, debemos decir que los aportes de *Universidad, Revolución y Dólares* son de dos tipos. Primero, los relatos centrales del texto

permiten a Vania Markarian aportar una historia uruguaya al campo de trabajo sobre la guerra fría cultural, situada en los debates en torno a la modernización de las universidades, los centros de investigación y su financiamiento (debate nada menor, como vimos, dada la escasez de medios y la débil institucionalidad de aquellos espacios). El caso uruguayo se suma así a las historias radicadas en países como Argentina, Chile o España, y aporta a la construcción de una mirada transnacional sobre un tema donde los límites estatales clásicos aparecen también como límites historiográficos. En segundo lugar, el libro propone otra mirada sobre el período de la Guerra Fría en América Latina alimentada por la perspectiva de género y con excepciones (los trabajos de la argentina Isabella Cosse, por ejemplo), realmente poco abordada. No solo la reconstrucción de los debates en torno a la sexualidad, a la planificación familiar y al uso de anticonceptivos, sino también el lugar real de las mujeres en todo ello, es un campo de estudios que promete darnos una visión más integral y justa de nuestra historia reciente.

Nayla Pis Diez

Instituto de Investigaciones en
Humanidades y Ciencias Sociales
(IdIHCS) / Universidad Nacional de
La Plata / CONICET